

nada podía tener mejor explicación que su visita. ¿Qué podía temer?

Para disculparse no tenía más que preguntar á la primera persona que se presentase.

—¿Dónde está Brígida?

No tuvo que molestarse en hacer semejante pregunta.

Ya hemos dicho que el vestíbulo estaba desierto.

Jaime abrió con mano poco segura una puerta, por la cual había entrado muchísimas veces. Era la del salón principal; lo mismo que el vestíbulo estaba desierto.

Era una habitación de gran capacidad, de artesonado techo y tapizada de seda roja, de la cual se destacaban varios retratos de familia pintados al óleo.

Tenía aquel salón un aspecto severo.

La mayoría de los retratos recordaban la magistratura de otros tiempos, los parlamentos que han precedido á la revolución,

El culpable por una especie de alucinación creía ver que los ojos de aquellas cabezas de largas y empolvadas pelucas, se dirigían hacia él.

Se adelantó con precaución.

Pasado aquel salón se encontraba otre más pequeño, más alegre y no por eso menos majestuoso, tapizado de seda azul.

Cuando llegó á la puerta titubeó un momento; pero no oyendo ruido se decidió á entrar.

Abrió la puerta y permaneció inmóvil en el dintel.

La señorita de Arvil completamente sola, se hallaba sentada delante de una chimenea en la que ardía un gran fuego.

Con la cabeza apoyada en la mano izquierda, con la frente medio oculta, con los ojos cerrados, con una expresión de mortal tristeza esparcida en su rostro, no se dignó volverse siquiera al oír el ruido que la puerta produjo al abrirse.

—¿Sois vos, Brígida?—preguntó — Jaime Fugeret no contestó.

Cerró la puerta tras sí.

Magdalena se incorporó y le vió.

La indignación trasformó su rostro.

—¡Vos!—exclamó levantándose.

Y como el joven persistiese en su silencio:

—¡Vos! volvió á exclamar con más energía...

¡Vos aquí! ¡Os atreveis!...

Jaime Fugeret seguía adelantándose.

La joven cogió el cordón de la campanilla.

—¡No os acerqueis ó llamo!—exclamó la jóven...

En el tono empleado por Magdalena se expresaba el disgusto más que cólera.

Jaime Fugeret bajó la cabeza.

Su audacia le abandonaba.

Quizás el rostro trastornado de su víctima, el dolor que tan fácil era reconocer en él, le hacían conocer mejor que todos los razonamientos la infamia de su crimen.

Extendió la mano hacia ella, del mismo modo que un acusado que solicita de su juez un momento de paciencia, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo:

—Ya sé—dijo en voz baja, casi ahogada, hasta qué punto debéis odiarme...

—¡No os hago el honor de odiaros!... ¡Os desprecio!...

—No me anonadéis... Cuando me hayais oi-



do, me condenaréis, si así os place. Hace mucho tiempo que quería veros para hablaros... No me atrevía á presentarme ante vos... Esta mañana he sabido por casualidad, vuestro cochero se lo ha dicho á Filoche, ya sabéis quien es, el pastor que vive en los Esarts, que vuestra señora madre se ha ausentado, y que su ausencia durará por lo menos un par de días... En seguida he venido, lamentando no poder veros... ¡No vayais á creer que tengo intención de aterrorizaros ni de faltáros al respeto!... Si al entrar hubiera encontrado á alguien, hubiese preguntado por Brigida, á la cual habéis tenido la bondad de recibir á vuestro servicio.

La señorita de Arvil le interrumpió violentamente:

—Si á pesar del horror que debía inspirarme todo cuanto á vos pueda referirse... ¡Yo hubiera debido hacerla soportar la pena de vuestra infamia!... Pero la conozco... Es una muchacha honrada... ¡Qué contraste!

El contestó humildemente.

—Tenéis razón... Hubiese preguntado por ella ó hubiese rogado que me recibierais... Nadie puede extrañar que yo desee veros antes de marcharme del país, donde quizás no vuelva nunca... Me habéis recibido otras muchas veces. Habéis sido tan bondadosa conmigo, que es muy natural que antes de ausentarme venga á daros las gracias y á despedirme... Esto se entiende para cuantos os rodean.

Se detuvo.

Una emoción extraña le apretaba la garganta y le cortaba la palabra,

Una sola mirada de los ojos tan puros de

Magdalena había sido suficiente para dominarle.

En presencia de la joven se sentía tan tímido como siempre, con la timidez que no podía vencer á pesar de los esfuerzos que hacía siempre que se aproximaba á la joven.

La señorita de Arvil se dejó caer en la butaca, pronunciando solamente y con una indiferencia glacial, al mismo tiempo que exhalaba un suspiro, esta pregunta:

—¿Os vais?

—Es preciso. ¿Qué sería de mí en esta tierra, sin tener quien me socorra, desprovisto de todo?...

Y añadió con creciente angustia:

—No me queda ni aun el recurso de poder trabajar en el campo, en una granja ó en el bosque... Con la educación que me han dado, sin que yo lo haya solicitado, no tengo el valor de resignarme á trabajar como un obrero, no podría hacerlo tampoco, puesto que no sé hacer nada. Mi padre, por muy pobre que fuese estaba destinado á vivir menos pobremente que yo.

El era el que acusaba en aquel momento.

Magdalena le miró con extrañeza.

Esta segunda mirada no le intimidó tanto como la primera.

La sostuvo sin bajar los ojos, mientras que la joven le examinaba por su parte, con más curiosidad que temor ni cólera.

Jaime Fugeret prosiguió con calor:

—¿Para qué me sirve la instrucción, cuyas ventajas tanto me han alabado? En Rennes, en aquel sombrío cuartel donde he perdido inútilmente diez años, tenía por compañero un mu-



chacho pobre, tan pobre como yo, hijo de un leñador. También él ha hecho sus estudios de una manera tan brillante como yo, y después se ha visto obligado á buscar una manera de vivir; fué militar en un principio, pero como no le gustaba el ejército, ni la holganza en que se vive en una guarnición de provincias, al cumplir aceptó la licencia y desde entonces no sabe qué hacer... Y así está aún y Dios sabe lo que tendrá que hacer, lo que llegará á ser, á lo que tendrá que rebajarse.

Al ver que la señorita de Arvil le seguía mirando con sus hermosísimos ojos, tan puros y sin embargo tan dolorosos, en los cuales se reflejaba el sufrimiento que experimentaba al hallarse en presencia del hombre que la había deshonrado, Jaime Fugeret continuó después de un breve silencio:

—Ya lo sé... Me vais á preguntar ¿por qué no he seguido la carrera á la cual se me destinaba, sin consultarme siquiera? En ella hubiese encontrado el reposo, la tranquilidad, renunciando al mundo, á sus goces, á sus placeres, pero también á sus luchas y á sus incertidumbres. No me ha gustado semejante vida; no me podía gustar. Si me hubiese ordenado, hubiese querido ser un buen sacerdote y no me siento con valor suficiente para sacrificarme. No soy hipócrita, y no puedo por consiguiente disimular. No quiero hacer una vida, que no es á mi modo de ver más que una imagen de la muerte. Preferiría para mí una choza de salvaje, con un campo á mi elección, á un obispado, con su palacio de prelado, donde tendría que estar condenado á vivir solo, esclavo de un deber que rechazo. ¿Cómo han

surgido en mi mente semejantes ideas? Os lo voy á decir.

Dió un paso hacia adelante y se acercó á la señorita de Arvil, que se puso un poco más pálida, pero que no hizo un movimiento.

Jaime Fugeret, con voz baja y temblorosa, continuó:

—Ignorante y feroz, no habiendo conocido del mundo entero más que la triste y solitaria aldea donde crecí, y Saint-Jean-du-Derert, donde iba á pasar las vacaciones, vi en todos mis viajes una joven próximamente de mi edad, y que se parecía tan poco á las demás, que me parecía hasta de naturaleza diferente, superior, y de otra sangre. Demasiado sabía que aquella joven no podía tener nada comun conmigo. ¡Para allanar los obstáculos que existían entre ella y yo hubiera sido preciso un milagro y los milagros no se ven en nuestros días! ¡Yo no podía esperar! Los rasgos de aquella muchacha se gravaron en mi imaginación, despiadadamente por decirlo así, pues es la única palabra que puedo emplear; su imagen me perseguía por todas partes á pesar de los esfuerzos que hacia para rechazarla; pronto llegó á hacer de mí un poseído como los de aquellos tiempos á quienes era preciso exorcizar para sacarles el espíritu maligno que les atormentaba. ¿Aquella joven erais vos!

—¡Caballero!

—¡Oh! dejadme hablar, puesto que estoy en vuestra presencia. ¡Qué os puede importar! Dentro de muy poco tiempo me marcharé de esta casa para no volver á entrar, expulsado por vos, perseguido por vuestra legítima indignación y no nos volveremos á ver sin duda



alguna en ninguna de las épocas de nuestra vida... Los caminos que tenemos que recorrer son completamente opuestos. El mío, es el camino de la miseria y de la inmundicia donde van á parar la mayor parte de los desheredados; el vuestro es el de la opulencia, un camino florido, muy grato de recorrer, en el cual, la contemplación de la desgracia de los demás, no será más que un contraste que hará resaltar vuestra dorada existencia.

Sea de ello lo que quiera, vois sois la que me habéis hecho odiar la vía donde había entrado; vos sois la que habéis turbado mi alma, la que me habéis hecho pasar las noches en insomnios prolongados, la que habéis entreabierto para mí horizontes de goces desconocidos; vos sois, en una palabra, la que me habéis hecho un ambicioso, ávido de riquezas, hambriento de unos bienes que no puedo obtener, porque yo quería aproximarme á vos, y este prodigio tan solo por el oro lo podía lograr. ¡Vanos deseos! ¡sueños insensatos! Mi cabeza estaba completamente llena de ellos. Cada vez que regresaba al país os encontraba más hermosa, más atractiva; y yo me sentía más pequeño, más agobiado bajo el peso de una implacable é insensata pasión. ¡Estaba loco!... podéis decírmelo... yo no he de tratar ni de negarlo siquiera. ¿Pero qué es un amor tan imposible como el mío, sino el germen de todas las locuras?

Jaime Fugeret añadió con voz sorda y furiosa.

—¡Hasta de las más criminales!

Y añadió con más energía:

—Puesto que os estoy haciendo mi confe-

sión, quiero hacerla por completo, aunque sea de una brutal sinceridad, aunque debiera atraer sobre mí un odio eterno, y comprendo que es lo único que por mí podéis sentir. ¡Si, llegué á meditar un crimen; llegué á decirme que para satisfacer esta pasión, no retrocedería ante nada ni ante el crimen! ¡Qué queréis! ¿No os acabo de decir que había llegado á la locura? ¡Quería que entre nosotros existiese un lazo! ¡Hubiese pagado con una condena ó con el patíbulo la realización de mi sueño! ¡Mi conciencia no podía luchar ni siquiera con mis deseos! ¡No discutí ni una sola vez conmigo mismo más que el medio más favorable de satisfacerlos! ¿Pero cómo?

Se sonrió é hizo el mismo gesto que hubiera podido hacer una fiera.

—Con una muchacha pobre, con una aldeana como Brígida, por ejemplo, entregada á sus propias fuerzas, obligada á ir sola á sus quehaceres, atravesando los bosques á cualquier hora, para volver á su choza, la empresa no hubiera sido difícil. Pero tratándose de una joven como vos, muy rica, guardada por una infinidad de criados, preservada de todo peligro por la vigilancia de una madre cariñosa, la tarea era más difícil. Desesperaba del éxito y esperaba únicamente la muerte de mi anciana madre para marcharme de la aldea, para ir á París, como lo han hecho tantos otros, para perderme entre la multitud, para buscar el olvido que era en suma lo que deseaba, porque en realidad yo no soy más malo que cualquier otro hombre, cuando la ocasión inútilmente buscada por mí vino á tentarme en el momento en que menos lo esperaba...



El joven se detuvo.

Había pronunciado estas palabras con gran enternecimiento.

Magdalena parecía haberse convertido en estatua.

Después de haber dado al principio de esta extraña entrevista, señales de la más visible impaciencia, por el estremecimiento de sus dedos, por el movimiento de sus labios, crispados por el disgusto, la joven se había por fin resignado, y con la mirada fija, escuchaba á Jaime Fugeret, impasible, digámoslo así, y sin dejar aparecer en su rostro los diversos sentimientos que agitaban su espíritu.

No se podía leer en él más que un anonadamiento completo.

Todas aquellas palabras que ella debía considerar como ultrajes, no tenía más remedio que oírlas; aquel hombre, al que no quería, al que no había querido nunca, porque su corazón pertenecía por completo á otro, le era preciso oírle; creía más bien que tenía el deber de escucharle; la joven comprendía que aquel infame la amenazaba con las explicaciones tan cínicas que él mismo se asustaba y con las cuales trataba de atenuar su crimen.

Al mismo tiempo experimentaba una especie de consuelo conociendo los detalles, las causas, los móviles del crimen de que había sido víctima, y que tanto debía hacerla sufrir en el porvenir.

Tenía la infeliz este presentimiento.

—Continuad—le dijo.

Fugeret obedeció.

—Un día había venido como de costumbre á dar vueltas por las cercanías de las tapias del

parque, atraído tan solo por la esperanza de poder veros, aunque solo fuese durante algunos segundos, confusamente, como se entrevén los fantasmas en sueños. Fué después de salir del presbiterio á donde había ido á decir al abate Aselin el partido que había tomado hacía ya tiempo. Encontré á Morán. Me dijo que debíais casaros dentro de poco tiempo, algunos meses ó algunas semanas después... con un joven de vuestro rango, con el vizconde de Bures. ¡Oh! os aseguro que al tal vizconde le odio.

—¿Vos?

—A muerte.

—¿Y por qué?

—¡Porque es joven, rico, y porque le amais! Jaime Fugeret había pronunciado estas palabras con feroz energía.

El joven prosiguió:

—Esta noticia, que sin embargo esperaba, me sumió en la desesperación y en la rabia... Ibais á volver á París, la boda se verificaría; el invierno se aproximaba; estaríais perdida para mí, ó por lo menos las dificultades que me impedirían llegar hasta vos se multiplicarían de tal modo, que indudablemente llegarían á ser insuperables... ¡No os vería más! ¡El sueño de mi juventud se desvanecía!... ¿Y además, no os he dicho que estaba loco?

Morán y yo llegamos á un lugar por donde acababais de pasar una media hora antes. Morán vió en el suelo las huellas de vuestro caballo. Os quiere mucho. Se puso á rabiar y á jurar por vuestra audacia, temía que os sucediera una desgracia, y no sabía que debía ocurrirnos tan pronto... Nos separamos. El se diri-



gió al castillo y yo continué mi camino para ir á los Esarts, donde mi madre se hallaba agonizando. Estaba á la mitad del camino próximamente cuando vuestro caballo pasó á galope tendido sin vos. Estaba aún pendiente de las palabras del guarda: corrí en la dirección que traía el caballo, y pronto llegué á vuestro lado. La fatalidad me había conducido allí.

Magdalena inclinó la cabeza sobre el pecho.

Jaime Fugeret vió una gruesa lágrima, lágrima de vergüenza, que rodaba de sus ojos y que caía en el vestido de Magdalena.

—¡Ah, de rodillas á vuestros piés es como quisiera acabar estas declaraciones! Cuando os vi estabais inanimada en el suelo, despeinada, con la frente manchada por la sangre que brotaba de una herida, quizás mortal. No respirabais; la lividez de la muerte estaba impresa en vuestro rostro. Mi primer grito, os lo juro, fué un grito de desesperación... Mi primer movimiento fué el de socorremos, de haceros volver á la vida, de llamar para que me ayudasen... Miré en todos sentidos... No había nadie... Abandonaros para dirigirme al castillo ó á la aldea más próxima era imposible... Tuve que quedarme...

Me arollidé á vuestro lado... Respirábais aún, vuestro corazón latía débilmente... vuestros ojos estaban cerrados... ¡No había nadie á vuestro lado!... Me arrastró el vértigo... La locura que desde hacía tantos años me perseguía se hizo furiosa... Perdí la poca razón que me quedaba... ¿Y qué más puedo deciros? El crimen ha sido cometido; un crimen odioso, tanto más odioso, cuanto que en aquellos momen-

tos acabábais de separaros de la cabecera del lecho de mi madre, donde habíais ido sabiendo que estaba moribunda, como un angel guardián para socorrerla. Pero en este crimen no hay nada que pueda hacerlo desaparecer y no me queda más que pedir os perdón; perdón que solicito de todas veras, por más que comprendo demasiado que no me lo otorgaréis.

Magdalena se levantó.

—¿Habéis terminado ya?—preguntó la joven con resuelta voz.

—Sí.

—¿Era únicamente para hacer esta confesión para lo que habéis venido á la Forge?

—Para eso únicamente.

—Pues en ese caso, os podéis marchar.

Jaime se puso lívido.

Le echaban de allí.

—No tenéis piedad—murmuró.

La señorita de Arvil se irguió.

—Quisiera saber qué piedad pueda inspirarme un miserable como vos.

—Decid más bien un desgraciado, enloquecido por vuestra fatal belleza.

—La pasión vil que conduce al crimen, y que por un minuto de una satisfacción que no comprendo, sacrifica una vida entera y cambia los años de dicha en años de desgracia y de pesares, no puede de ningún modo llamarse amor.

—¿Cómo se le puede llamar entonces?

—¡Evitadme el que os lo diga! ¡Señor Fugeret, os he escuchado hasta el fin, y os aseguro que he necesitado una buena dosis de paciencia! ¡Escuchadme á vuestra vez! Vivía feliz entre una madre á quien adoro y un prometido



á quien estimo. Creo firmemente que no he hecho el menor daño á nadie; esperaba que nadie me lo hiciese á mí tampoco y tenía gran confianza en cuantos me rodeaban, hasta en vos mismo. ¡Qué error tan grande el mío! No hubiera podido suponer jamás que un hombre hubiera podido descender á una infamia semejante. La vergüenza me ahoga tan solo en pensar que he sido objeto de un ultraje semejante. Pensad bien. Un hombre me encuentra desvanecida en una zanja donde un accidente me había precipitado... Yo no podía ni defenderme, ni saber lo que á mi alrededor ocurría. Estaba muerta, ó por lo menos todo lo hacía suponer así. Aquél hombre había sido tratado por mí como á un verdadero amigo, le había ayudado desde su infancia; tantas veces como lo había necesitado, nuestra mano estaba abierta para costearle la carrera que hubiera querido elegir, íbamos pues á crearle un buen porvenir.

Además, si me hallaba allí en aquella zanja, medio muerta, era por haber ido á prodigar consuelo y á llevar medicamentos á su madre, que se hallaba moribunda, operación que ejecutaba diariamente para asistirle en sus últimos momentos, para amortiguar sus sufrimientos, para dulcificar su hora suprema. Y ha sido aquel hombre, aquel ser maldito, al cual yo hubiera querido crear un porvenir pacífico y honrado, el que por un acto execrable ha destruído la felicidad de toda mi vida, ha borrado todas mis esperanzas, ha matado en mí cuanto había de bueno, de puro y de generoso. ¿Qué es lo que esperáis de mí? ¿No me habéis dicho que habíais querido crear un lazo entre nos-

otros? Yo os lo aseguro: preferiría suicidarme antes que volver á veros; esta es la última vez que os escucho, y si he tenido la cruel paciencia de escucharos hasta el fin, es porque quería deciros también lo que pienso y para deciros la última respuesta que puedo echaros en cara, y deciros que sois un cobarde.

Y aproximándose á él, y con cólera creciente, le repitió tres veces:

—¡Cobarde, cobarde, cobarde!

Completamente desenchajado por este insulto, que demasiado sabía merecer, permaneció un instante inmóvil, aterrado por aquella explosión de indignación, y no levantó la cabeza hasta que no oyó un sollozo ahogado.

Magdalena, que había gastado todas sus fuerzas, todas sus energías, se había apoyado sobre la mesa que les separaba y era presa de una crisis de lágrimas que no podía contener.

Jaime se inclinó sobre ella y la preguntó muy bajo:

—¿De modo que no me perdonaréis?

—Jamás.

—¿Sereis inflexible?

La joven no contestó, pero Jaime leyó en los ojos de la joven una resolución inquebrantable.

Y sin embargo insistió:

—¿Aunque me matase en vuestra presencia?—dijo.

—Os falta valor para hacerlo, y sin embargo, sería la única expiación de vuestro crimen.

—¡Ah! ¡mucho me odiais!—murmuró.

La joven contestó:

—Mucho lo temo. Y sin embargo, es un sentimiento que no esperaba conocer... ¡Termine-



mos! Para probaros mi deseo de veros alejado de mí, para no verme jamás expuesta á la vergüenza de encontraros en mi camino, quiero acabar la obra que mi madre y yo habíamos empezado! ¡Decís que queréis ser rico! Yo os ofrezco los medios de llegar á serlo. Tengo economías de soltera, de las cuales puedo disponer sin tener que dar cuentas á nadie, unos cuarenta mil francos próximamente; os los doy con una condición y es que pongais los mares entre nosotros; que os vayais á buscar esa fortuna que os seduce, á algún país lejano, donde queráis; que no volvereis á Francia, ó por lo menos que tardareis muchos años en hacerlo... ¿Acceptais?

El movió negativamente la cabeza.

—No—dijo.—Los Eugeret están acostumbrados á la miseria. Yo la sufriré, si es preciso, pero por lo menos tendré libertad de acción.

—Sea: ¡adiós entonces!

—No, adiós no; ¡hasta la vista!

—No ¡adiós!

Dió algunos pasos hacia la puerta y, volviéndose, fijó sus negros ojos en el desconsolado y dulce rostro de su víctima y la dijo:

—¿Me habéis llamado cobarde? ¡Lo he sido en efecto! ¿Perosi con una vida de energía y de valor, llegase á rehabilitarme á vuestros ojos?...

—¡Vos!

—¿Es acaso tan imposible?

Ella contestó con lentitud:

—Hagais lo que hagais, no os perdonaré nunca.

—Adiós entonces...

Dió de nuevo un paso para marcharse y nuevamente se volvió:

—¿Y si ese lazo de que os he hablado antes existiese entre nosotros?...

La señorita de Arvil le dirigió una iracunda mirada y exclamó:

—¡Ah! ¡entonces mi odio no tendría límites! ¡Salid y adiós para siempre!

Jaime se inclinó y salió.

La joven subió rápidamente á su habitación.

Temía ser sorprendida por alguna visita ó por Brígida, con los ojos enrojecidos, tan emocionada como estaba por el terror que el miserable acababa de infiltrar en su alma.

Desde su habitación le vió alejarse en dirección al estanque por donde había venido.

Se volvió varias veces hacia el castillo como si hubiese esperado volverla á ver á través de los muros de la imponente casa.

Por fin se internó en la espesura del bosque.

Entonces Magdalena se prosternó de rodillas, y con la frente entre las manos, murmuró sollozando:

—¡Dios mío, si fuese verdad, si semejante amenaza se realizase! ¡Pero no, sería horrible!

¡No podía llegarlo á creer!

Se levantó y con la cabeza trastornada, se dirigió hacia el retrato de su madre que la miraba sonriente, y la dijo como si hubiese podido oírlo:

—No, ¿verdad que es imposible? ¡Imposible! ¿Qué he podido hacer para ser tan desgraciada!

Y como una loca repetía:

—¡No, no! ¡No ocurrirá! ¡Maldeciría á semejante criatura! ¡No quiero! ¡No quiero!...

Y cayó desmayada en el suelo.